



Hildegard Willer, periodista europea que residió muchos años en Venezuela y Sebastián Santiago, colaborador de la revista, viajaron al Foro Social Mundial realizado en Venezuela. Presentamos estas dos visiones. La primera nos habla de los cambios percibidos luego de más de un quinquenio de régimen chavista, y la segunda es una visión distraída del Foro y su entorno.

Entre el Foro y el FLORO

¡Bienvenidos a Chávezlandia!

Hildegard Willer

>>> ¿Alguien recuerda lo que fue Venezuela antes de que un coronel golpista de nombre Hugo Chávez ganara las elecciones presidenciales en 1999? Un país caribeño que exportaba petróleo, telenovelas y reinas de belleza; que tenía el récord en el consumo de whisky importado y que combinaba una democracia considerada “modelo” con altos índices de corrupción mientras el resto de América Latina sufría dictaduras militares. Finalmente, un país en el que coexistían de manera descarada grandes riquezas con grandes miserias y nadie se avergonzaba por ello.

¿Quién, en su sano juicio, hubiera presagiado que este país iba a sumar a sus artículos de exportación un rubro llamado “revolución bolivariana”, y que mientras en América Latina se habla de una “oleada democrática” en Venezuela retumban las estampidas de las botas militares?

Las siguientes indagaciones *in situ*, resultado de un viaje a Caracas, intentan dar algunas respuestas sobre cuánto cambió realmente desde entonces en la Venezuela ahora llamada “revolucionaria y bolivariana”.

Todo es político

Lo característico de un país polarizado es que cualquier chispa puede incendiar la pradera. Un ejemplo venezolano último es el cierre del viaducto que une el aeropuerto de Maiquetía, en la costa, con la capital que se ubica a mil metros de altura.

Hace más de diez años que se sabe que la erosión estaba amenazando los pilares de la autopista. Los gobiernos sucesivos no hicieron nada, hasta que un mes atrás se tuvo que cerrar la vía, pues el riesgo de colapso del puente era muy alto. Desde entonces el transporte del aeropuerto a Caracas demora por lo menos el triple de tiempo que antes de que se optara por esta medida, porque se debe tomar una carretera vieja y serpenteada. Sin embargo, a nadie parece interesarle el que alguien hubiera podido morir en esta autopista. El único interés está puesto en utilizar esta situación para encontrar culpables.

La polarización es también una pelea por símbolos, palabras, y hasta comillas y colores: “sociedad civil” y “ONG” son términos que, en el contexto venezolano, ha acaparado la oposición a Chávez. “Revolución”, “iz-

quierda”, “Bolívar”, “solidaridad” y “misión” pertenecen, en cambio, al campo chavista. Ni los colores ni la música escapan de ello: “Ya no puedo llevar un polo rojo de manera inocente”, comenta una amiga. El color rojo es atribuido al chavismo. Los colores del antichavismo fueron durante un buen tiempo los colores de la bandera venezolana, hasta que el Congreso sacó una ley que prohibió su uso.

El último gol en la pelea por los símbolos fue la primera decisión del flamante Congreso venezolano —constituido únicamente por congresistas oficialistas, porque la oposición se retiró de la contienda— de modificar el escudo venezolano: ¡el caballo del Libertador Bolívar ahora está mirando hacia la izquierda y no, como antes, hacia la derecha!

Si en algún momento la politización extrema tuvo el valor de despertar a muchos venezolanos del letargo político, ahora ya se ha pasado de la raya con lo histriónico, lo novelesco, lo desfasado de la realidad. “Prefiero no emitir opiniones para no agarrar molestias”, me dicen varios estudiantes de la Universidad Central de Venezuela. “No soy ni chavista ni antichavista, sino venezolano”, es otra frase que escucho de un joven.

Si Laura Bozzo fuera Presidente...

...o si Alejandro Toledo tuviera las habilidades mediáticas de Laura. Esta situación puede dar una idea del estilo mediático que Hugo Chávez maneja a la perfección y que explica gran parte de su éxito. Sus alocuciones por radio y televisión, como su programa *Aló Presidente*, están llenos de elementos telenovelescos: el Presidente canta, llora, grita, cuenta anécdotas de sus visitas de Estado como si fueran encuentros entre compinches (“Y le di un gran abrazo a mi amigo, qué digo, mi hermano, Evo...”). Los papeles de la telenovela son bastante simples: un malo, alguien bueno pero pobre y víctima, y un salvador príncipe azul que consigue justicia y riqueza para la cenicienta.

Es exactamente esta clavija la que toca Hugo Chávez en sus discursos: el pueblo venezolano es la muchacha pobre y buena, Hugo

El Floro social

Sebastián Santiago

Antes de viajar a Venezuela yo ya era chavista, por el lado del Chavo del 8. De Hugo Chávez y su proyecto bolivariano conocía poco antes de que nos contara a los peruanos cómo era el Perú. Lo más cercano que se me venía a la mente era Chávez, un ex jugador de Alianza Lima al que por coincidencia apodaban *El Tanque*. De Bolívar conocía más, por el jabón y por el Libertador, en ese orden. Por ello el Foro Social Mundial se me presentaba como una excelente oportunidad para conocer una realidad hermana y hacer turismo político, más turismo que político, como la mayoría de mis compañeros de Caravana.

De Lima partieron muchas caravanas, caravanitas y caravanotas; es decir, se partió la gran caravana porque no nos pusimos de acuerdo y, fieles a nuestra tradición, nos enrubamos en pequeños grupos. Yo me apunté en la del nombre más absurdo, “Maracas para Caracas”, dizque la caravana oficial, que tenía pactados eventos con gente del Ecuador y Colombia, con quienes nos uniríamos en caravana. Dijeron incluso que habían hablado con las autoridades colombianas para que nos garanticen la seguridad. Pero en beneficio de la incertidumbre y la emoción viajera, nada de esto se cumplió.

El recorrido Lima-Tumbes-Quito-Calí-Bogotá-Cúcuta Caracas fue hartamente pesados. Lo hicimos todos en asientos preferenciales: preferencialmente los más económicos. Tuvimos problemas para entrar en Colombia: las autoridades nos pusieron mil trabas. Al parecer, el dichoso Foro en el país *amigo* era la razón del impedimento puesto por las autoridades literalmente *fronterizas*.

Finalmente, Venezuela. La ciudad al lado de Colombia se llama Táchira, y allí fuimos recibidos por una delegación del Frente Francisco de Miranda, una de las muchas organizaciones chavistas. Al mando de la milicia se encontraba la bella Xiomara, una chica de 18 años que hace un año “solo pensaba en música y chicos”. Ahora que tenía más de 20 bajo su mando solo pensaba en política, revolución y en el sentido que un tal Hugo le había dado a su vida.



Caracoles, qué caracas

Si se la compara con Lima, Caracas es una ciudad bastante cara. Un menú promedio está a 8.000 bolívares (unos cuatro dólares) sin incluir refresco. Lo único barato es la gasolina, pero no ocurre lo mismo con los taxis, que nos querían cobrar hasta 100 dólares por llevarnos al aeropuerto.

El campamento del Foro Social en el que nos ubicaron parecía una Torre de Babel que acababa de caerse. El portugués, el francés, el inglés, el español y sus múltiples dialectos finalmente se llegaban a entender a la hora de las colas, y mucho más en aquellas noches en las que cada colectivo tenía la oportunidad de compartir sus gramos de cultura.

Las interminables noches en el campamento eran un alucinante festival de querencias: desde las colectivas, en las que gente de todos lados regalaban sus cantos, danzas y acrobacias, hasta las individuales, las de dentro las carpas. Todas las reivindicaciones políticas confluían en estas noches en la amnistía a la compañera María-Juana (hierba, grifa, marihuana o como guste usted llamarla), cuya bandera se agitaba de boca en boca. Las mismas que en el día gritaban al CHé y al CHá(vez).

Paralelamente se desarrolló un foro alternativo, que criticaba a la organización del Foro Social Mundial por haberse dejado apoyar logísticamente por el Gobierno de Chávez, lo que, según ellos, comprometía su independencia. Tal como van las cosas, es probable que en los próximos eventos se desarrolle un Foro alternativo al Foro alternativo al Foro Social Mundial, que, a su vez, es alternativo al Foro de Davos. Ahora ya sé por qué dicen que la izquierda es una *alternativa*.

A ellos les gusta la gasolina, denle más gasolina

Aunque sería irresponsable afirmar que el Foro comprometió su esencia con el apoyo chavista, sí es verdad que don Hugo las quiso hacer de padrino. Si el Presidente venezolano pensó en comprarme con el agua, las mandarinas y el refrigerio gratuito el día de la marcha principal, pues casi lo consigue.

El viernes 27, por la noche, finalmente lo pudimos ver. Estaba con su ya clásica camisa roja. Empezó con algunas también clásicas divagaciones anecdóticas sobre Bolívar, Miranda y el Quijote. Un parche de párrafos muchas veces inconexos pero que terminaban en frases como “¡Enterramos el ALCA!”, “¡Abajo el imperialismo!”, “¡Túpac Amaru vive!”... O sea, lo que le gusta a la gente. Y a la gente que le gusta, aplaudía a rabiar.

Hasta que el auditorio se dividió en dos: los que aplaudían a rabiar y los que se les hacía tarde. Los del segundo grupo decidimos retirarnos antes de que el discurso se acabara. Pero estaba escrito que solo podíamos irnos una vez que acabase de hablar el Presidente. (Escrito en algún memorándum militar). El asunto es que se nos prohibió la salida fusil en mano, con todo respeto y solidaridad bolivariana.

No hay mucho que decir de un Foro en el que abundó el floro y se extrañó el fruto. Lo más debatible fue precisamente la carencia de debate que ni por el forro existía. Fue más bien una comunión de solidaridades con algunos puntos en común: la crítica al modelo neoliberal, el antinorteamericanismo y el apoyo a las luchas sociales en general. Si bien no fue un Foro partidarizado, el chavismo se presentía en cada evento, en los que sus simpatizantes no dejaban de subrayar los logros de su Gobierno, la mayoría de ellos conseguidos bajo la densa sombra del petróleo.

A los peruanos que hemos transitado por caminos de tantas palabras, su maquinaria propagandística nos puede resultar agotadora. Y más aun cuando uno de los noveles militantes, parafraseando a su líder, nos dice que debemos votar por Ollanta, el candidato amigo, y nos quiere enseñar a nosotros nuestra historia. Sí, ¿cuñau; luego hablamos.

Regreso a Lima con más bolívares en el bolsillo que en el corazón (no pude volverlos a cambiar a dólares, por restricción). Y más chavista que nunca. Por el lado del Chavo. Siempre.

La politización extrema que tuvo el valor de despertar a muchos venezolanos del letargo político, ahora ya se ha pasado de la raya con lo histriónico

Chávez el salvador, y para el papel del malvado tiene a un protagonista estelar: George W. Bush. El poder de Chávez radica en que sabe usar estos patrones de una manera muy divertida para mantener la polarización y la visión de un mundo en blanco y negro.

¿Disminuyó la pobreza?

Es la pregunta clave y la única razón que podría dar algo de legitimidad a la “revolución bolivariana”. Eso lo saben el Gobierno y la oposición, y por eso hay una gran pelea sobre la correcta interpretación de los indicadores de pobreza.

El instrumento oficial para redistribuir las grandes ganancias estatales por el alto precio del petróleo se llama “misiones”. Se trata de campañas educativas y de acceso a la salud desplegadas con gran esfuerzo mediático y coordinadas independientemente de las actividades regulares de los ministerios de esos sectores: “Hay que distinguir entre las misiones educativas y alfabetizadoras y las misiones asistencialistas”, dice Klaus Vaethroder, director del Centro de Investigación Jesuita en Caracas. “Hoy, la gente no es menos pobre, pero tiene mejores servicios y puede acceder a alimentos subvencionados”, añade.

La Unesco acaba de declarar a Venezuela país libre del analfabetismo. En el Barrio Kennedy, uno de los tantos barrios pobres de Caracas, encontramos a personas mayores que, llenas de orgullo, cuentan que acaban de terminar su secundaria y entran a la universidad gracias a la misión Robinson. No se puede negar que las misiones han beneficiado a personas concretas y que son un punto a favor del Gobierno. Sin embargo, hay dos asuntos pendientes: ¿ayudan a crear un desarrollo sostenible?, ¿se dirigen indiscriminadamente a chavistas y antichavistas, o sirven para hacer proselitismo político?

“Hay avances en algunos derechos sociales como educación, seguridad social en el aspecto legislativo, la deuda social con los jubilados”, dice Marino Alvarado, coordinador general de PROVEA, ONG que edita anualmente el reporte de derechos humanos. “Igualmente”, dice Alvarado, “ha

bajado la represión de las manifestaciones.” Pero no ha habido avances en la vivienda —se ha puesto de moda en Caracas ocupar edificios vacíos— o respecto de la impunidad de ejecuciones extrajudiciales perpetradas por policías. “Aunque exista formalmente una separación de poderes, esta no se manifiesta en un contrapeso institucional al poder presidencial”, afirma Alvarado.

A esto se suman otras preocupaciones: un alto nivel de intolerancia del Gobierno, un creciente proceso de militarización de la sociedad venezolana y la exclusión de disidentes. Así, hay muchísimos testimonios de personas a las que les han sido negados puestos por haber votado en contra del Gobierno en el referéndum. “La gente ya no cree que el voto sea secreto”, afirma Alvarado. No obstante, él mismo se niega a aceptar el título *dictadura* para el Gobierno venezolano: “Hay amplia libertad de expresión en general, pero vivimos una democracia con rasgos autoritarios”, afirma.

Consumo de whisky y chavecitos...

Si no fuera por los dólares que Hugo Chávez reparte en toda la región con fines políticos, la “revolución bolivariana” no sería más que un discurso telenovelesco y anacrónico. Al final de cuentas, Venezuela no ha cambiado gran cosa: los niveles de corrupción siguen tan altos como desde hace décadas, es todavía el país que más whisky importa (solo que ahora lo toma la nueva élite chavista-militar) y las empresas transnacionales siguen haciendo sus buenos negocios con la petrolera estatal.

Sin embargo, Chávez continúa fuertemente enquistado en el poder. “Nos guste o no, Chávez es el político venezolano más carismático del siglo XX, y todavía no ha surgido un líder de oposición que iguale su carisma”, dice el periodista y analista político Andrés Cañizales. “La oposición necesitaría un chavecito”, ríe.

“Chavecito” le llaman en Venezuela a un muñeco del presidente Chávez con boina roja y con un botón para apretar y escuchar uno de sus discursos. Dicen que fue un *souvenir* codiciado entre los participantes del Foro Social Mundial.